

UNA PROVINCIA DEL IDIOMA

A las ocho de la mañana enciendo casi a tientas la radio en la habitación del hotel y voy encontrando voces que leen noticias o recitan anuncios o dan partes meteorológicos. Siempre me ha resultado llamativa la pasión norteamericana por la meteorología: en cada emisora hay alguien que predice temperaturas, estado del cielo, velocidad de los vientos, probabilidad de las lluvias, con un detallismo y una exactitud de adivinación casi inadmisibles para mi incredulidad española. Salto de una emisora a otra, como si atravesara sin moverme la confusión inmensa de la ciudad que está despertándose al otro lado de las ventanas, 15 pisos más abajo, en la mañana invernal de Nueva York, y de pronto las voces inglesas de la radio se extinguen y empiezo a oír una voz española, una voz nítida, transparente, con nuestras luminosas vocales, con una entonación que no es de España, pero que tampoco puedo exactamente adscribir a la de otro país de habla hispana: la locutora habla un español limpio, con una música que quizá sea sobre todo caribeña, pero que yo sólo he escuchado en Nueva York, donde tantas hablas españolas se cruzan, en medio de tantas hablas del mundo, en una hermosa babel que es tan incitante y tan inagotable como el espectáculo mismo de las calles de la ciudad.

También en esta emisora se dan informaciones sobre el tráfico y se predicen maniáticamente las temperaturas y el índice de humedad a lo largo del día. Pero ayer mismo murió la estrella de un programa de radio que era el segundo más escuchado en Nueva York, Junior Fernández, y la gente no para de llamar, usando rancias palabras españolas de pésame y de luto, hombres y mujeres, pero mujeres sobre todo, señoras con acento cubano o dominicano que llaman desde el Bronx y que me recuerdan a las que participaban en los programas de discos dedicados de cuando yo era niño, pero que saltan del español al inglés y del inglés al español con una agilidad deslumbrante, sembrando cada uno con palabras del otro, contagiándole su música con una desenvoltura y un descaro que resaltan la belleza de los dos idiomas. Poco después, el locutor avisa que hay problemas de tránsito en la puente Holland: ha dicho Holland con una entonación perfectamente norteamericana, pero un segundo antes ha dicho la puente, que es puro español de Quevedo y Cervantes, y al escucharlo yo me doy cuenta de que su idioma y el mío, aun siendo el mismo, abarcan anchuras muy diversas del mundo, y que tal vez mi es-

pañol está menos animado de porvenir y de música que el suyo.

Vivimos tan encerrados en nuestro provincianismo y nuestras claustrofobias que se nos olvida o ni siquiera llegamos a saber que no somos los propietarios de la lengua española. El español de España, el castellano, es una variedad o un dialecto de un idioma por fortuna mucho más vasto, más rico, más abierto y cruzado y de acentos, entreverado de otros idiomas, más vivo, tal vez, cuanto más fronterizo, cuanto más alejado de secas ortodoxias, de retóricas triunfales. No sólo no somos los dueños de la lengua: incluso, estadísticamente, somos una minoría. Lo he sabido al viajar a los países hispanos de América, al escuchar las musicalidades italianas del español del Río de la Plata, la claridad clásica del español de Colombia, pero lo percibo sobre todo al escuchar el español que se habla en Nueva York, donde existe una confederación de todas las entonaciones y acentos posibles, y donde se da uno cuenta, por contraste con la presencia del inglés y de la civilización sajona, de todas las cosas comunes que nos han legado el idioma y el tiempo, de la amplitud de los espacios imaginarios que nos abre nuestra lengua.

No estoy haciendo triunfalismo estadístico: cualquier idioma es único e imprescindible, lo hablen mil personas o lo hablen mil millones. Sólo quiero resaltar lo que a nosotros, dentro de España, se nos olvida, adictos como somos a confinarnos en espacios herméticos, en tentaciones de arrogancia o de masoquismo. El español de España, al que llamamos castellano, no es esa lengua oficial y censurable que tanto desagrade a los nacionalistas ortodoxos: es absurdo ponerse apocalíptico y declamar que el castellano está en peligro por culpa de un decreto ley de un Gobierno autónomo, pero también son bastante

ridículos los empeños por excluirla de la educación o de la vida pública, o por suplantarla, en algunos casos, por variantes dialectales sacralizadas o parodias de idiomas que sólo se sostienen en la intransigencia victimista de sus inventores.

A principios de este siglo, Rubén Darío nos rescató para la imaginación y la poesía una lengua reumática; en los años cincuenta y sesenta fue en gran medida la prosa del español de América la que nos devolvió el impulso de contar la vida y el mundo en las novelas. Acordándome desde lejos de la sucia y triste actualidad de mi país, escuchando la radio en un hotel de Nueva York, pienso con alivio que en el siglo que viene el porvenir del idioma no dependerá de nosotros.